

ANTE CRISIS GLOBALES, RESPUESTAS LOCALES

La situación actual es muy negativa por causas inicialmente financieras, pero que tienen que ver con problemas de fondo de mayor calado. Mantener altos niveles de rendimiento, ejercicio tras ejercicio, como se ven obligadas a exhibir las entidades financieras en tanto referentes de la élite capitalista, es una tarea arriesgada y extenuante en economías maduras, expuestas a la competencia de los países emergentes en un contexto globalizado que conecta y enciende una suma de capacidades productivas tan sobredimensionada, y tan insostenible, que desborda, incluso, la bulimia compradora de los ciudadanos occidentales, antes que nada consumidores.

Estos tres elementos estructurales –crisis de superproducción, globalización descoordinada, y *financiarización* de la economía– que configuran la presente coyuntura escapan de lo que un gobierno local, en sí el de cualquier país y nivel, puede manejar. No obstante, ante un mismo clima económico caben diferentes reacciones, y las comunidades carentes de estrategias bien pertrechadas están mucho más expuestas al vaivén cíclico.

En el caso de Aragón bastantes proyectos calificados como estratégicos adolecen de inconsistencia, y muchas veces parecen piezas sueltas de un rompecabezas que perdió, si alguna vez las tuvo en su marco autonómico, sus referencias. Nuestra acción política y económica ha tendido a primar el gesto sobre la autenticidad, el parabién inmediato sobre el guión coherente que encajara en el escenario futuro, y en demasía, se ha creído que las palmas huecas de los grupos de presión de las poltronas más próximas tenían que ver con su talento en lugar de ser una pámema por dejarles colar como y cuando quisieron sus personajes y tramas.

Sin olvidar la influencia de la crisis sobre el empleo, la credibilidad de las entidades financieras, el enfriamiento del mercado inmobiliario, la atonía consumidora que debilita fábricas y comercios, y la rigidez presupuestaria, todas ellas variables que se mecen por lo inevitable, sería interesante apreciar las respuestas políticas aragonesas en términos de transparencia, rigor, ingenio y sensibilidad social, estas dependientes del oficio público.

Así, nos gustaría que esta etapa depresiva se intentara solventar, o cuando menos encarar, sin apelar, de nuevo, a las inercias provenientes de impulsos ajenos y se planteara con una agenda consistente, bien trabada, mediante iniciativas lideradas desde aquí sobre esos mismos puntos: mejorar la eficacia del mercado laboral no solo en términos cuantitativos sino como ámbito donde se fragua el capital humano y premia la iniciativa, en el que se posibilita la igualdad de oportunidades al margen del género, edad y nacionalidad, y facilita conciliar las diferentes esferas personales; que las entidades bancarias aragonesas sean gestionadas con transparencia y sin usura, de manera que se acrediten ante la sociedad según su eficacia en el negocio y por su obra social; que la vivienda recupere su carácter de bien y derecho básicos, y el acceso a ella contribuya a reequilibrar espacial, social y demográficamente este país; reconducir los criterios consumistas predominantes aumentando nuestra racionalidad y razonabilidad, reconociendo que no se puede incrementar la renta per cápita a cualquier precio y las administraciones cesen su ostentación; mostrar que los impuestos no son inevitables, sino imprescindibles para alcanzar la eficiencia y la equidad y deben ser utilizados con austeridad y diligencia por burocracias flexibles al servicio de la ciudadanía. En suma, tener como meta que las personas puedan trazar su propio destino y que en Aragón, las crisis, aun tratándose de tiempos difíciles, siempre se asuman con moral, ánimo y valores, especialmente por sus dirigentes.

editorial